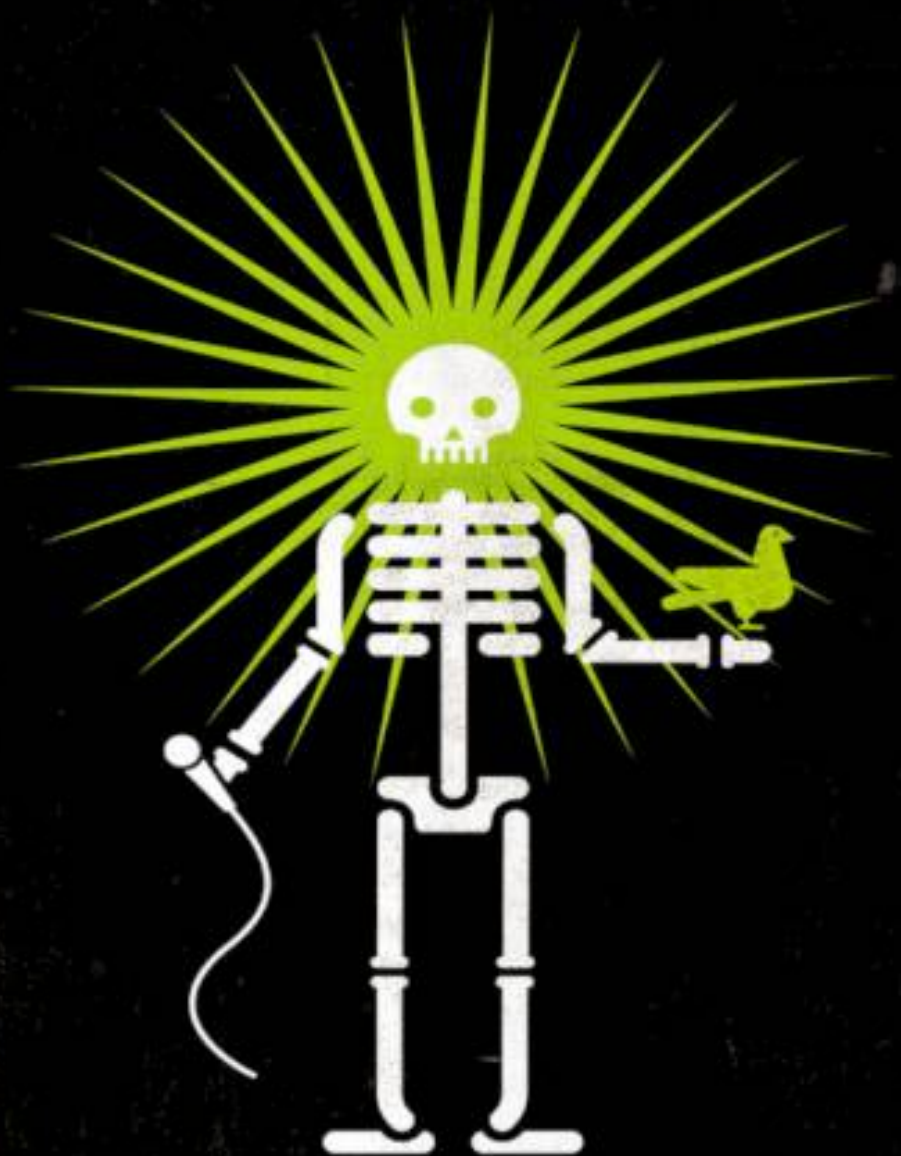


PABLO PLOTKIN

Un futuro radiante



LITERATURA RANDOM HOUSE

Pablo Plotkin

Un futuro radiante

Literatura Random House

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Ema, Olivia y Kaila.

1

Es otro día nublado y silencioso en la franja que separa el norte uruguayo del estado de Rio Grande do Sul. Estoy alojado en el Santino's, un modesto hotel de frontera que lleva varios meses abandonado. En la tapa de la notebook, pegada con cinta scotch, tengo una foto desenfocada de la Torre Espacial, una postal que fue relanzada para divulgar el rol actual del monumento: "Un polo técnico de altura del Programa de Refundación de Buenos Aires". En el dorso hay un mensaje de despedida escrito en una cursiva perfecta y un logo sellado en tinta verde que proyecta la economía floreciente de la ciudad. El símbolo de una nueva era química.

Voy a quedarme unas semanas acá antes de seguir viaje. Mientras redacto partes de este testimonio, pensando en el trabajo arduo que tendré a la hora de compaginarlo, escucho una melodía dulce y turbia que se funde con el zumbido de las moscas, una voz familiar y áspera que me lleva a mi pasado reciente. Todo eso que empezó a desaparecer.

Tengo la habitación ordenada. La ropa está apilada en un armario sin puertas y hay un tubo de ensayo en el vaso de plástico del baño, intacto junto al cepillo de dientes, como si fuera parte de mi kit de higiene. Al lado está la base de madera con el resto de las muestras que me dejó un funcionario en la guantera del Smart.

Por la ventana veo la estatua gris de un gaucho que levanta el brazo izquierdo en gesto valeroso: la puerta de entrada a Santana do Livramento. Hay una fila de palmeras que se agitan intermitentemente y una torre de energía volcada a un costado de la ruta, partida al medio como una ballena destripada en una orilla marrón.

2

Seis meses antes estaba con Dubi en el living del departamento de nuestra abuela en Villa Crespo. Una paloma nos observaba con sus ojitos incandescentes desde la baranda del balcón. Era un ejemplar que había perdido casi todas las plumas. Tenía un pellejo rosado, casi transparente, con algunas manchas grises y las costillas a la vista.

Dubi agarró el palo de amasar, abrió la ventana y se preparó para darle un batazo. El pájaro chilló y salió aleteando contra una nube fosforescente que flotaba en el pulmón de manzana.

Sobre la mesa de la cocina teníamos desplegadas las tapitas que habíamos amasado hacía un rato junto a un bol lleno del dulce de ciruela remolacha. La idea original era sacar una tanda de píreshkes durante la mañana, pero nos fue imposible conseguir una garrafa, así que encendimos un poco de carbón en el compartimento inferior del horno. Las ciruelas las habíamos encontrado en el bosque del Parque General Paz. Después de haber cruzado media ciudad en nuestra Hero Puch y de invertir una pequeña fortuna en un paquete de harina y otro de azúcar, íbamos a hacer los píreshkes a toda costa.

Mientras la cocina se llenaba de humo, empecé a acomodar puñaditos de dulce púrpura en el centro de los discos. Dubi, que venía del dormitorio, se apoyó en el marco de la puerta y me dio la noticia en tono neutro:

—Ya se murió.

Fuimos a la habitación. Ahí estaba el cuerpo de Celeste Kraszno, la Bobe, con la piel pegada a los huesos, una lámina de cuero beige debajo del camisón. Me dio la impresión de que podría haberla

acunado en un brazo; así de liviana se veía. Su cara había perdido la mueca de dolor y las contracturas se habían distendido. Tenía un aspecto infinitamente mejor que hacía diez minutos, cuando todavía respiraba. En el radiograbador a pilas de la mesita de luz sonaba música instrumentalailable, un ritmo sintético y anticuado.

—La concha de la lora —dijo Dubi—. Tanto quilombo con esos píreshkes de mierda y no llegamos.

Levanté la persiana.

—Los terminamos igual. Después vemos qué hacemos con el cuerpo.

Volví a la cocina para cerrar los pastelitos y meterlos en el horno. Saqué un poco de carbón y lo reservé en la pileta del lavadero para que la masa no se quemara.

Dubi subió algunos puntos el volumen de la música y se quedó arrodillado junto a la cama, llorando con un canturreo felino.

Media hora más tarde, saqué la fuente del horno y removí las brasas para dispersar el calor. Un par de píreshkes se habían ennegrecido en la base, pero casi todos tenían buena pinta. Tuve que rasquetear el azúcar quemado para desprenderlos del hierro y los dejé enfriándose sobre la mesada.

Dubi estaba sentado en el living, con la mirada perdida en los reflejos biselados de la mesa. Manipulaba nerviosamente el atado de cigarrillos.

Íbamos a dejar todo como estaba, juntar los pocos comestibles que quedaban en el departamento, guardarnos un par de fotos, tratar de poner en marcha la Hero Puch y arrancar para Agronomía. Le sugerí a Dubi hacer una mínima ceremonia en la habitación. Me miró con cara torcida pero aceptó. Encendimos un par de velas, bajamos la persiana y murmuré algunas palabras de agradecimiento.

Volvimos a la cocina y agarramos un píreshke cada uno. Los chocamos como copas de vino.

—Por la Bobe.

—Por la Bobe.

La punta estaba crocante y el dulce de ciruela, todavía caliente, desbordaba por el repulgue. Afuera la nube se condensaba y expandía, un organismo de gas que absorbía en el lomo los rayos del sol del mediodía. En el patio de la planta baja, dos palomas muertas flotaban en el agua gris de una pelopincho. Guardamos un par de latas de sardinas y paquetes de galletitas en una bolsa de tela, más una botella de licor de chocolate Cusenier que estaba por la mitad. Envolvimos el resto de los píreshkes en un repasador y metimos todo en una mochila. También llenamos una caja de zapatos con un montón de casetes que había en el placard, compilados de cantantes románticos y un TDK etiquetado con birome azul y caligrafía temblorosa. Bajamos los seis pisos por escalera tratando de no hacer ruido. No sabíamos si quedaba alguien en el edificio, ni queríamos averiguarlo.

3

En tiempos normales, la muerte de la Bobe habría sido un acontecimiento social y mediático de bastante importancia. Los noticieros habrían emitido en cadena compilados de sus viejas apariciones televisivas, de los días en que hacía dupla vocal con Tía Rosa durante el auge de la música beat argentina.

Cantaban bajo el nombre de Las Mamushkas y habían surgido de la escena de teatros de Villa Crespo. Una noche un productor las descubrió y las llevó a la televisión. La fama se evaporó pronto, pero durante un semestre cantaron en todas partes: bodas de famosos, programas ómnibus, hospitales de niños, galas de recaudación de fondos para mutuales israelitas, clubes de barrio, fiestas de carnaval. Cuando las contrataciones comenzaron a mermar y finalmente desaparecieron, Tía Rosa se convirtió en una presentadora de noticias irrelevante. Después de una temporada la despidieron del noticiero y tuvo un último empleo artístico, como cantante de standards en la confitería de un hotel decadente de Mar del Plata. Soltera y cada vez más agria, se pasó el resto de la vida dándose aires de celebridad detrás de sus enormes gafas de vidrios ahumados, del color del agua estancada. La Bobe, mientras tanto, asumió la caída de Las Mamushkas como la disolución de una fantasía pasajera y se recluyó en la cocina de su casa a modelar albóndigas de carne y harina de matze para alimentar a nuestro abuelo, que mantenía la economía del hogar desde el mostrador de su mercería de la calle Julián Álvarez.

Medio siglo después de la breve fiebre pop de Las Mamushkas, una extraña concatenación de factores hizo que una grabación del dúo, una tonada que escondía un aire psicodélico detrás de su me-

lucía naíf (el tema, titulado "Princesa de Odessa", había sido producido por el británico Ron Richards, que viajó a Buenos Aires para trabajar en un longplay que finalmente nunca vio la luz), se convirtiera en un éxito viral en la Argentina y en Rusia, con versiones traducidas, *mash-ups* y el videoclip original subtítulo en diversas lenguas. Un exótico fenómeno de nostalgia que no estaba en los planes de nadie.

Tía Rosa, que había enviudado y se pasaba las horas sentada en el jardincito de un geriátrico de Parque Chas, fumando cigarrillos largos y masticando antidepresivos, fue la cara visible del revival. Concedía periódicamente entrevistas en las que desvariaba sobre la música, la juventud y el judaísmo. La Bobe, en cambio, que a sus setenta y largos todavía caminaba un par de vueltas diarias alrededor del Parque Centenario y podía haber sido una imagen más decente de ese pasado refrito, declinó todas las propuestas periodísticas que le hicieron llegar, y su figura quedó románticamente congelada en la imagen en blanco y negro de los monitores, con el vestido pegado al cuerpo y un par de ojos tristes que parpadeaban bajo un peinado voluminoso, dorado y sólido como un panal de abejas.

Ahora la Bobe estaba muerta, y lo increíble era que hubiera sobrevivido a casi todo: al revival de su banda, al desarme de la familia, a las explosiones, a los éxodos. Era una figura perteneciente a un par de eras anteriores, y la imagen de su cadáver liviano en la cama tenía algo de fantasmal y melancólico, el holograma doméstico para un museo del futuro.

Habíamos pasado las dos últimas semanas en el departamento y ya no teníamos mucho resto para quedarnos. Su muerte había sido una noticia esperada.

Teníamos reservados un par de litros de biodiésel en un bidón de agua mineral. Por esos días todavía quedaba bastante combustible en Buenos Aires, en estaciones de servicio tomadas por pistoleros que controlaban la provisión mediante una pequeña flota de camio-

nes. Pero los ahorros no alcanzaban para casi nada, así que robábamos un poco de los autos abandonados y le íbamos dando sorbos a nuestra lastimosa Hero Puch. Durante varias semanas insistí para que intentáramos conseguir una moto más potente, pero Dubi me daba todo tipo de argumentos a favor de ese ciclomotor berreta. Claramente le gustaba el aspecto precario y combativo de la Hero Puch. Así era él, y ni la circunstancia más extrema lo cambiaría.

En los primeros tiempos de las explosiones, cuando todavía quedaba bastante mercadería en los chinos, manoteaba los whiskies más baratos.

—Esto es lo que vamos a necesitar —me decía—. Nada de mariconadas.

Bajamos al sótano del edificio, llenamos el tanquecito y subimos el ciclomotor hasta la planta baja. La caja de zapatos con casetes era un peso innecesario.

—Dejala en el sótano —dijo Dubi.

Bajé y la metí en el casillero vacío de un medidor eléctrico individual. Entró justa, de canto, como un estuche diseñado para una caja fuerte.

Le dimos arranque al ciclomotor en el hall, temerosos de que alguien nos asaltara en la vereda.

Abrimos la puerta de calle y el olor ácido nos pegó de frente. Entre Estado de Israel y Scalabrini Ortiz, avenida Corrientes era zona muerta. En el cruce de Vera y Julián Álvarez se había formado un pequeño pantano que llegaba hasta las puertas de las casas, y había dos nenes chapoteando en pelotas entre los mosquitos. Frené a un par metros.

—Ojo, está lleno de palomas enfermas por esta zona. Y esa agua debe estar envenenada.

Dubi levantó la vista y señaló las nubes fluorescentes.

—En cualquier momento vuelve a llover.

Nos miraron como si habláramos otro idioma. Unos segundos después, uno de ellos mostró el pulgar y dijo:

—Gracias, señor.

Aceleré por Corrientes, a contramano del tránsito de los viejos tiempos. Entre Scalabrini y Juan B. Justo había algunos locales abiertos, por lo general custodiados por algún tipo que hacía guardia en la puerta. Eran negocios que habían rapiñado la mercadería de otros y se mantenían con generadores eléctricos. Increíblemente, la pileta pública que estaba metida en la galería a la altura de Acevedo permanecía abierta.

—¿Da para un chapuzón? —preguntó Dubi. Hacía semanas que no nos bañábamos.

—No creo que nos convenga dejar el ciclomotor acá.

—No pasa nada, conozco al de la puerta. Le damos el tubo de Cusenier y nos deja pasar y nos cuida la moto.

Dubi tomaba algunos riesgos innecesarios y perdía fácilmente el foco de nuestros objetivos. En este caso era volver a su casa de avenida San Martín y hacer base ahí. Un chapuzón no era algo prioritario, pero empezaba a entender que la vida sería esto por bastante tiempo, y me iba convenciendo de que mi mandato de productividad ya no tenía el prestigio de otras épocas.

En la pileta había una parejita de adolescentes con los brazos completamente tatuados, descansando contra uno de los bordes, y un tipo grande que daba lentas brazadas de crawl de un lado a otro.

—¿Qué pasó con el supuesto distrito de los veteranos? —comenté a Dubi en voz baja.

Se encogió de hombros mientras se sacaba la camiseta y se quedaba en calzones. Yo hice lo mismo y nos tiramos de cabeza al agua turbia. Estaba cálida y olía mal, pero era lo mejor que se podía conseguir. Del techo abombado caían unas gotas frías. Los tatuados las capturaban con la lengua.

—¿De dónde son? —nos preguntó la chica.

—De los edificios vacíos de Corrientes —dije yo.

El veterano se puso a hacer la plancha cerca de nosotros.

—No se entretengan mucho que hay rondas de inspección —dijo antes de peinarse las canas con una sumergida. No sabíamos a qué se refería. Después bajó la voz y nos habló para que no escuchara la parejita—. Entre los pistoleros, los infectados y la Autoridad de Emergencia, yo tengo que andar con veinte ojos.

Salió chorreando una catarata de agua blanquecina. Estaba en pito y tenía la piel cortajeadada. Se secó con una de las toallas húmedas que colgaban de unos ganchos en las paredes y se puso un short y una musculosa que apenas le entraba. Sacó una radio portátil de un bolsito para botines de fútbol y se fue rastreando frecuencias.

4

La noche en que nací, Dubi se desveló armando una fortaleza de bloques de madera. Era ansiedad o precisión para delimitar el campo de batalla. La tía Elsa, que había quedado a su cuidado, se levantó para preparar un té y lo vio de rodillas en el dormitorio, hipersensitivo y concentrado en su insomnio de nene de cinco años, sumándole ladrillos a una torre de vigilancia desde donde podría controlar todos mis movimientos.

En la escuela primaria, Dubi estaba para grandes cosas. Era el de las composiciones brillantes, el que tocaba la armónica como un viejo blusero, el que mejor entendía las lecciones de historia. Yo crecí a su sombra, heredando maestros que me miraban con una mezcla de expectativa y condescendencia: celebraban mi pertenencia al linaje pero intuían que no iba a estar a la altura de la versión original.

—Ah, vos sos el hermano de Dubi. Qué chico extraordinario, Dubi.

En los primeros años del secundario, la tendencia se mantuvo. Dubi entró en la adolescencia con las dosis justas de ambición creativa, madurez y espíritu rebelde. Se negó a dar su bar-mitzvá y para eso presentó un paquete de argumentos sólidos contra la religión, sus protocolos y su "esencia hipócrita". El carisma que tenía para comunicar era tan fuerte que nuestros padres le transmitían la noticia a la parentela con una satisfacción indisimulable, pese a que en la superficie intentaban mostrarse frustrados. Dubi era nuestro líder, el mariscal juvenil y renegado de la familia, y mientras tanto yo iba por la vida haciendo las cosas normalmente bien, ayudando a mi

madre en las tareas domésticas y cumpliendo con los deberes para completar boletines impecables y opacos.

Las cosas empezaron a cambiar a medida que Dubi entró en la fase final del secundario. No hubo un colapso, ni un evento puntual que precipitara la caída, pero recuerdo el proceso como si se tratara de una puesta de sol. Llega la hora en que a los geniecillos precoces los envuelve el manto de la medianía, y la mirada del mundo al posarse sobre ellos puede ser muy cruel. Para mí Dubi seguía siendo un héroe, pero para el resto de la humanidad empezaba a ser un nuevo caso de talento desperdiciado. Y los leones de piedra que custodiaban el descenso eran nuestros padres. Después de años de alimentar su vanidad y de consultarlo como a una especie de gurú, ahora se quedaban mirándolo en la mesa con gestos insoportables de frustración. ¿Qué vas a estudiar, Dubi? ¿Por qué no estás tocando? ¿Te parece que ese chico es una buena compañía para vos? ¿Hace falta que fumes?

Dubi respondía con sarcasmo e impostura, pero yo podía ver, como en un diagrama dibujado sobre acrílico, las corrientes de miedo e inseguridad que le tomaban el cuerpo. Una parte de Dubi quería complacer a la maestra de tercer grado que le dijo que su destino era ser un gran escritor, mientras agitaba la hoja Rivadavia en la que mi hermano había redactado la maravillosa y oscura historia de una flor que crecía fatalmente hacia abajo. Pero otra parte de él trabajaba para defraudar las expectativas de todos, incluso las propias, y era la parte que gobernaría de facto el resto de su vida.

Mientras tanto, algunas de las fichas que le habían sacado quedaban por descarte de mi lado. Si la brillantez tormentosa no dio resultado, tal vez debamos apostar por la corrección esmerada, parecía ser el razonamiento inconsciente de mis padres.

Yo sí hice mi bar-mitzvá, y Dubi, que ya tenía dieciocho años, se acercó después de la ceremonia para darme un abrazo y decirme en un tono de voz relativamente alto, como para que escucharan los familiares que esperaban su turno para saludarme y, por qué no, también alguna autoridad de la sinagoga: